

MULATAS, CRIOLLAS Y VIAJEROS EN EL RÍO DE LA PLATA

Carlos M. Tur Donatti

En las obras de los viajeros ingleses y del español Félix de Azara, que recorrieron las diferentes regiones rioplatenses entre fines del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, encontramos una percepción muy peculiar sobre las mujeres de las distintas etnias que integraban la población de dichos espacios en aquella época. Los mencionados cronistas alaban la belleza de las criollas, ignoran en general a las mujeres negras e indígenas pero son unánimes en el elogio de las mulatas; opinión muy favorable a la que se suma posteriormente el reconocido escritor y político liberal Domingo Faustino Sarmiento¹.

El Virreinato del Río de la Plata, creado en 1776, al contrario del ya centenario Virreinato de la Nueva España, el más rico y poblado del imperio español² en América, abarcaba fundamentalmente dos regiones: la minera del Alto Perú, a la que abastecían el Paraguay y las actuales provincias argentinas del oeste y noroeste; y la región comercial y ganadera de la Pampa Húmeda, con el principal puerto y capital política en la ciudad de Buenos Aires. Aunque eran dos tipos de sociedades claramente diferenciadas pero con relaciones comerciales de vieja data –los estancieros pampeanos vendían miles de mulas para las tierras altas del Potosí³ y el vino mendocino se consumía en la ciudad de Buenos Aires⁴–, finalmente se impuso la atracción del mercado ultramarino y la especialización ganadera de la región pampeana.

La monarquía borbónica, sensible a estas tendencias de largo plazo, creó el mencionado Virreinato para contener a la vez al expansionismo portugués y asegurar el desemboque de la plata altoperuana por el Atlántico sur. El nuevo Virreinato significaba además el triunfo comercial y político de Buenos Aires sobre la más antigua ciudad de Lima, muy perjudicada por la reorganización borbónica del imperio americano en el siglo XVIII. Desde la segunda

década de este siglo, la ciudad del Plata se convirtió en el puerto introductor de cargamentos de esclavos africanos para responder a la demanda de mano de obra de las diferentes comarcas del extremo meridional del imperio hispánico. Esta población forzada fue distribuida por toda la geografía del Virreinato y, a pesar de las ideas liberales de la elite criolla gobernante desde 1810, la supresión definitiva de la esclavitud sólo llegó a mediados del siglo XIX.

En la sociedad colonial tardía y en las primeras décadas de la vida republicana, según todos los testimonios el trato dispensado a los esclavos era particularmente benevolente⁵. No había en la región pampeana ni plantaciones azucareras, ni yacimientos mineros y las labores urbanas de los esclavos rioplatenses eran notoriamente menos rudas que las exigidas en los cañaverales y socavones de otras regiones americanas. Algunos escritores argentinos reconocidos –Jorge Luis Borges es el caso más notorio⁶– evocan a la población africana con un dejo de nostalgia paternalista, propio de las viejas familias criollas dominantes. Sin embargo, el racismo institucionalizado no se inhibía de marcar a hierro candente a los africanos, ni de preocuparse obsesivamente por la pureza de sangre de algunas familias, inmersas en aquella sociedad en la que predominaban los mestizajes de todo tipo⁷.

En curioso contraste con la atracción que despertaban las mulatas en criollos, españoles e ingleses, a Juan Manuel de Rosas, poderoso estanciero y gobernante de mano dura, sus enemigos políticos lo motejaban de *mulatón*, a pesar de sus ojos azules y cabello rubio. Para probar la incontrovertible pureza de su ascendencia hispánica, su sobrino Lucio V. Mansilla resalta el hecho de que Rosas ni siquiera tuvo una nodriza africana, como era común en las familias ricas a fines del siglo XVIII.

Algunos datos biográficos de Mansilla nos sirven para comprobar la persistencia temporal del prejuicio racista. Este típico señorón porteño fue militar y escritor, dandy y

¹ Domingo Faustino Sarmiento, artículo “La Virgen mulata”, publicado en el periódico *El Nacional* en julio de 1883.

² Tulio Halperín Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*; Madrid, 13ª edición revisada y aumentada, Alianza, 1993, p. 26.

³ María Sáenz Quezada, *Los estancieros*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1985, pp. 73-76.

⁴ John Miers, *Travels in Chile and La Plata*, London, Baldwin, Cradock and Joy, 1826; pp. 156 – 157.

⁵ José Luis Lanuza, *Morenada. Una historia de la raza africana en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Schapire, 1967, p. 11.

⁶ Jorge Luis Borges, *Obras completas*, Buenos Aires, Emece Editores, 1974, Tomo II, “Milonga de los morenos”, pp. 343-4.

⁷ Alexander Guillepie, *Buenos Aires y el interior*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1921.



viajero, precursor del indigenismo con su libro *Una incursión a los indios ranqueles*, de 1870 y, al alborar del siglo XX, enseñó a bailar tango en la corte del zar ruso Nicolás II. Sólo falta agregar que falleció en los días postreros de la Belle Époque, en 1913, en París, como correspondía a un señor de la república de las letras y del buen vivir.

Volviendo a esos excepcionales testigos de época que fueron los viajeros ingleses, ¿cómo veían a las mujeres africanas en las primeras décadas del siglo XIX? Habitando el tercer patio de las tradicionales casas criollas y ocupadas en las tareas domésticas o acompañando a sus amas a misa. Siempre las ven como trabajadoras —en el servicio doméstico, como vendedoras de frutas y verduras o como ayudantes en talleres artesanales—, sólo John Miers tiene palabras elogiosas hacia el vino que elaboraba un equipo de esclavas negras en Mendoza⁸. Una novedad mayor y de otro carácter depara a nuestros cronistas algunas costumbres y, en particular, ciertas mujeres indígenas. A John Parish Robertson le afectaba en sus “nociones de propiedad y decencia” que hombres y mujeres aunque vestidos se bañaran juntos en el río Paraná⁹. Pero la sorpresa mayor la tuvo William Mac Cann en 1847, cuando de las mismas aguas ve emerger a una indígena desnuda, y rápidamente aclara: “desnuda pero no avergonzada”¹⁰.

Pero no siempre dichas costumbres escandalizaban a los serios y reprimidos ingleses. Joseph Andrews relata, al contrario, con evidente fruición, que a orillas del río Saladillo, en la provincia de Santiago del Estero, pudo observar “mujeres en *puris naturalibus* que se zambullían en la corriente para arrastrar una primitiva balsa construida con cuero vacuno crudo”¹¹. La alborozada observación de

aquellas “ninfas acuáticas”, indígenas desnudas y hablantes de quichua, contrasta con el despiadado retrato de un grupo de indígenas chaqueños que nos legara el ya citado Robertson: eran “los rufianes de peor pinta que he visto en mi vida, de color cobrizo, desesperadamente feos, bastante altos, con grandes cantidades de pelo negro que les colgaba por la espalda”¹². Muy otras eran sus afirmaciones hacia las criollas porteñas, cordobesas y salteñas. Estos jóvenes ingleses se mostraban muy impactados por las porteñas y les brindaban un verdadero ramillete de elogios. Uno de ellos, escribió: “una de las peculiaridades más llamativas de la aldea es la belleza de las mujeres. El contemplarlas es encantador y dicese que son tan amables como ángeles”¹³. Algunos viajeros que se dirigían a Bolivia por negocios mineros, tenían como escala obligada la ciudad de Córdoba, y paseando por su Alameda, Joseph Andrews registraba: “Las damas de Córdoba son diestras en su manejo de sus hermosos ojos, y los saben manejar con tremendos efectos. Practican asimismo el ejercicio del abanico tan diestramente como sus vecinas las porteñas, y la Alameda les proporciona un escenario mucho mejor para la exhibición de su destreza”¹⁴.

En la frontera con las tierras altas bolivianas, los ingleses llegaban a la ciudad de Salta y quedaban cautivados por las mujeres de la élite criolla. El general John Miller, oficial británico que combatió en el ejército de los Andes, nos dice sobre ellas: “Las mujeres salteñas son unas personas llenas de gracia con una elegancia natural en sus modales y combinan una atractiva viveza con la suavidad fascinadora que es tan corriente en las damas de Sudamérica”¹⁵. Sin embargo, estas mujeres de las élites urbanas criollas no gozaban del monopolio irrestricto de la admiración de los viajeros: las mulatas rioplatenses representaban una dura competencia en la vida cotidiana y en los relatos de los mencionados ingleses y del naturalista español Félix de Azara.

⁸ Miers, *op. cit.*, pp. 73-76.

⁹ John Parish Robertson, *Four Years in Paraguay*, Philadelphia, Carey & Hart, 1838, t. I, p. 140.

¹⁰ William Mac Cann, *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, Buenos Aires, Ferrari Hermanos, 1937, T. II, p. 37.

¹¹ S. Samuel Trifilo, *La Argentina vista por los viajeros ingleses*, Buenos Aires, Ediciones Gure, 1959, pp. 176-177.

¹² Trifilo, *op. cit.*, p. 212.

¹³ Charles B. Mansfield, *Paraguay, Brazil and the Plate, 1852-1853*, Cambridge, Mac Millan, 1856, p. 138.

¹⁴ Joseph Andrews, *Las provincias del norte 1825*, Buenos Aires, Coni Hermanos, 1925.


¹⁵ John Miller, *Memorias del general Miller*, Madrid, Fortanet, 1910.

En la colonial y religiosa ciudad de Córdoba, con su prestigiosa universidad y numerosos conventos, la Iglesia y la *nobleza* dominante eran propietarias de centenares de esclavos africanos. Las consecuencias culturales de los inevitables mestizajes inquietaban a las autoridades, que se obstinaban en mantener las rígidas divisiones raciales. Por ordenanza del Cabildo, en 1688 se prevenía que “ninguna mulata, negra, zamba ni india, ni otra gente desta calidad, no pueden vestir género alguno de seda ni oro... ni traer perlas, diamantes, ni joyas”¹⁶. A mediados del siglo XVIII, el Cabildo cordobés insistía en que las mujeres debían vestir según su condición étnica y amenazaba con un castigo público de cincuenta azotes en caso de infracción. Concolorcorvo, seudónimo del cronista Calixto Bustamante Carlos, en su obra *El lazarrillo de los ciegos caminantes* nos informa de la reacción de las mencionadas damas de la *nobleza* lugareña ante el atrevimiento de cierta mulata. Para evitar que siguiera desafiando lo establecido por las autoridades, una de las damas molestas la convocó a su casa con un falso pretexto y entonces “hizo que sus criados la desnudasen, azotasen, quemasen a su vista las galas y la vistiesen con las que correspondían por su nacimiento”¹⁷.

Llegado el siglo XIX los testimonios coinciden en fomentar el mito de las perturbadoras mulatas. Los viajeros ingleses las alaban en forma unánime y John Parish Robertson, en particular, se muestra muy expresivo: “Las mulatas esclavas son especialmente hermosas en Corrientes; su vestido es blanco como la nieve, sencillo como sus costumbres, y después de proveer a la decencia, es aireado y liviano de acuerdo con las exigencias del clima”¹⁸. Pero es el geógrafo y naturalista español, Félix de Azara, con la claridad de un científico ilustrado, quien nos revela el secreto del encanto y atractivo de las mulatas rioplatenses. Don Félix recorrió el territorio del Virreinato durante veinte años y en su valiosa obra confirma las opiniones halagüeñas de los mencionados viajeros. Azara describe la suavidad y dulzura de la piel de las mulatas y afirma que “no es ésta la única ventaja que hace que los inteligentes prefieran las mulatas a las mujeres españolas, pues además pretenden que con dichas mulatas experimentan placeres especiales que las otras no les proporcionan”¹⁹.

Los varones criollos, a su vez, en una sociedad en la que los matrimonios formales eran escasos, ejercían despreocupadamente sus prerrogativas sexuales sobre las mujeres de las etnias subordinadas. Un ejemplo, quizás

extremo, fue el de Francisco Antonio Candiotti, según el conocido Robertson “el príncipe de los gauchos” y primer gobernador criollo de Santa Fe. En 1810 Candiotti era propietario de 750 mil hectáreas en la que apacentaban 250 mil vacunos y 300 mil caballos y mulas²⁰. Candiotti estuvo formalmente casado según la costumbre hispano-católica y su única hija legítima heredó todos sus bienes; a sus numerosos hijos extramatrimoniales tampoco los abandonó: los empleaba como administradores de sus estancias ganaderas, tareas que siguieron cumpliendo fallecido el patrón para su media hermana. Este auténtico patriarca criollo y su extenso clan muestran una peculiar estructura familiar abierta, producto de las relaciones poligámicas que practicaban los estancieros y que contribuyeron al mestizaje entre las distintas etnias. A estas formas de mestizaje no sólo contribuyó la profusa iniciativa de los mencionados varones dominantes, las explícitas explicaciones de Azara sobre la disponibilidad de las mujeres mulatas sugiere una apreciación del cuerpo y la sexualidad más afirmativa y gozosa, seguramente derivada de algunas culturas africanas y opuesta al recato y represión que imponían la tradición hispano-católica²¹. Se comprende entonces cabalmente la escandalizada reacción de las mujeres criollas y españolas que, ante tan inquietante competencia, respondían con actitudes de agresión defensiva o con la consoladora teoría de la catedral y las capillitas.

En la Argentina ya de la segunda mitad del siglo XIX, se dieron algunos casos de negros libres que armaron parejas con mestizas y criollas, pero el aluvión inmigratorio llevó a la dilución de los grupos sobrevivientes de raíces africanas: europeos recientemente desembarcados, en particular los napolitanos, se casaban con negras y mulatas, lo que provocó la desaparición de la etnia africana que llegó al Río de la Plata con los primeros conquistadores y colonizadores. Estas complejas realidades de la interrelación entre géneros, etnias y grupos sociales, que en años recientes se están investigando con rigor intelectual, echa definitivamente por tierra el mito de la Argentina uniformemente blanca y europeizada que formularon los intelectuales criollos de la generación de 1880, y que contribuyeron a crear el estado oligárquico y el dinámico país de los ganados y las mieses, que cantara Rubén Darío en oficio de poeta cortesano en el primer centenario de la independencia. 

Carlos M. Tur Donatti (Santa Fe, 1938). Historiador argentino, especialista en América Latina Contemporánea. Profesor-investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia y docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado artículos y ensayos en revistas académicas y libros colectivos en Argentina, México y otros países latinoamericanos. Autor de *La utopía del regreso. La cultura del nacionalismo hispanista en América Latina y Eurocriollismo, Globalización e Historiografía en América Latina* (en coautoría con Hernán Taboada). Ha ejercido la docencia en las Facultades de Economía y Filosofía y Letras de la UNAM, la Escuela Nacional de Antropología e Historia, El Colegio de México y la Universidad del Claustro de Sor Juana.

¹⁶ Lanuza, *op. cit.*, p. 34.

¹⁷ Alonso Carrijo de la Vandra (Concolorcorvo), *El lazarrillo de los ciegos caminantes*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 1985, pp. 41-42.

¹⁸ Robertson, *op. cit.*, t. I, pp. 172-173.

¹⁹ Félix de Azara, *Viajes por la América meridional*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, p. 276.

²⁰ Sáenz Quezada, *op. cit.*, pp. 74-75.

²¹ María Elisa Velásquez, *Mujeres de origen africano en la capital novohispana, siglos XVII y XVIII*, INAH-UNAM, 2006, pp. 233-235.